

MANERAS DE CONJUGAR EL TIEMPO

Juanjo Ibáñez

**MANERAS DE CONJUGAR
EL TIEMPO**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, abril 2021

© Juan José Ibáñez Martínez, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: María Gómez

Fotografía de solapa: Javier Martín

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 513-2021

ISBN: 978-84-122931-6-6

Impreso en España · Printed in Spain

Sobre *Maneras de conjugar el tiempo*.

Por Nani Castañeda

La obsesión por el tiempo es muy de los 40. En este *Maneras de conjugar el tiempo* llega desde el título y está presente en toda la obra, como ya hicieran la mayoría de los grandes poetas empezando por el —quizá— mayor de todos, Don Antonio Machado, y atreviéndose el autor, incluso, con un verso clásico y recurrente: *cualquier tiempo pasado fue mejor*, de otro enorme Don, en este caso, Manrique. Pero Don Juanjo Ibáñez no es Machado (que sí machadiano) y no parece que viviera en la Castilla medieval. Nunca tuvo una casa ni un patio en Sevilla, eso sí, tuvo un pisillo y unos padres currelantes —como diría Carlos Cano— en Granada, y eso de por sí ya es un tesoro: *Mi padre es un gigante / visible como un viejo roble crecido en un olivar (...)*

Y sobre ese tesoro, el tiempo, el amor y Granada, escribe, habla y siente Juanjo Ibáñez en este precioso poemario lleno de versos claros y cierta obsesión por no haber vivido tanto como el autor quisiera; rasgo omnipresente en la personalidad de Ibáñez, incluso cuando no escribe poesía.

*Tengo miedo a morir.
Ahora que el reloj me indica
que el ecuador ha cambiado la sombra de lugar,
que ya nada será como antes ()*

Y es que hacen falta más profesionales de la política como el autor de este poemario. Y el término no es fortuito, una cosa es ser político y otra muy distinta ser profesional de la misma y Juanjo Ibáñez es un gran profesional en todo lo que ha sido, primero el periodismo y después, la política. También lo es del ensayo en sus reflexiones diarias y ahora, de la poesía con mayúsculas, cuestión que ya intuíamos por sus esporádicas publicaciones líricas de indudable calidad, pero que este libro certifica sin lugar a dudas. Si cada profesional de la política y el gobierno leyera la poesía que lee el autor y escribiera versos como los de *La primavera de su vestido*, otro gallo nos cantaría a los afligidos votantes de cualquier opción. Porque para hacerlo hay que ser ciudadano del mundo, hay que vivir sensiblemente los dramas propios y ajenos y hay que ser persona consciente del *mí*, del *tú* y del *ell@s*.

*Y tras añorar aquella luz tibia y mortecina, sin horizonte,
depositada sobre el punto más preciso de tu geografía,
señalado por el lunar que protege el tesoro de tu cuello,
caminaremos hacia atrás mil primaveras deshojando
capa a capa, cada uno de los pétalos resecaos que forman
este extraño vestido acalorado por el inmutable
y eterno mudar de las cosas que nada cambian (...)*

Porque uno está muy leído y le provoca un placer inmenso encontrarse (sin premeditación) ante tanta calidad y claridad de versos que lo dicen todo con la magia de la inteligencia trabajada y serena, y le hubiera encantado escribir «Eres» a cualquiera de sus hijos: *Aún no adivino tus días / y ya siento que amaneces conmigo (...)*, o «Clara» a la persona de nuestra vida: *En el azul de tu orilla / me rompo mil veces y mil vuelvo (...)*, o vencer el insomnio deletreando el nombre de la amada y ser capaz de convertirlo en poesía.

El poemario se divide en tres tiempos vitales que hacen de secciones líricas que ordenan los poemas de una vida, siendo quizá el más desgarrador el «Presente indicativo», por poner sobre tinta el amor desmesurado encontrado a última hora y la fría realidad de la paternidad que se va haciendo prescindible. Dolor que todos los padres y madres sentimos al comprobar que nuestros hijos son definitivamente adultos:

*Ya noto el rol del actor secundario
y solo te ofrezco consejos frágiles
como pájaros de papel inertes
que batallan exhaustos contra el viento (...)*

Deja Juanjo para el «Futuro» (imperfecto, claro está) los temas que más le preocupan desde el pasado, el género y su igualdad, el extremismo político injustificado, la injusticia social y sus versos, por tanto, menos personales y más humanos:

*Desde el fortín de sus sombrillas,
parapetados tras las almenas
de sus férreas neveras
defienden nuestras costas
de la invasión de los hambrientos ()*

Pretérito imperfecto, Presente de indicativo y Futuro imperfecto, es decir, la vida (una vida) hecha verso. Que vengan muchos más como estos y ¡que viva la poesía!

Maneras de conjugar el tiempo

A Clara

A Miriam

A Alicia

*Vou pedir ao tempo que me dê mais tempo
para olhar para ti*

MARIZA

I

PRETÉRITO IMPERFECTO

Autorretrato

Que el miedo se convierta en mi epitafio.

ROSA BERBEL

Quién eres tú.

Apenas te conozco.

Dicen todos que debo hacerlo
y sin embargo estás tan lejos
que mis ojos se hacen pequeños al mirarte
aunque solo nos distancie
la anchura de una mirada.

¿Eres lo que fui? ¿Eres quizás de lo que hui?

Quién eres que te pareces tanto
a lo que mi boca atesora,
al temor que mis ojos desprenden,
a esas palabras que queman en las manos
cuando acarician mi piel de espigas.

Eres sombra,

¿eres mi sombra?

Eres la duda,

¿eres todas mis dudas?

No eres nada

porque certezas ya ni tengo.

Pero tu voz, esa que imagino en el reflejo
de tus labios en clausura,
se parece tanto a aquella...

En los libros aprendí
que cualquier espejo refleja lo que ante sí tiene.
Debo imaginar entonces
—no sin un miedo helado—,
que lo que veo ahora
soy un yo tan ajeno, tan extraño, tan fuera de mí
que nombrarme no sirve al propósito
natural que los dioses otorgaron
al sentido de los nombres.

El tiempo como enemigo

Sentí profundo el hierro azul del arado
atravesar todas las capas de mis años.

Así, el tiempo abrió cruel la herida
que anidó entre gritos que se ahogan
buscando un remedio,
una fuga.

Así se hizo el tiempo mi enemigo
—casi era un niño,
si es que alguna vez dejé de serlo—
y a caballo de cien relojes de arena
conquistó cuanto quiso sin resistencia.

«El tiempo todo lo cura»,
decían todos los agentes del tiempo,
juez y parte entrometidos.

Espejismos falaces.

Estrategias planificadas.

El tiempo jamás cura nada.
Deposita sus huevos

en la huella de cada recuerdo,
los cuida hasta que rompen
en miles de larvas de nostalgia
errantes por la memoria,
por el deseo,
por las yemas de los dedos,
por la lengua,
por el idioma...

Ya la raíz fría del primer llanto
es la única voz a la que responde la herida.

Manrique no tuvo razón

Deshacer caminos es como dar
vueltas invertidas a la aguja de un reloj,
quizás menos cansado, pero igual de inútil.

El tiempo se acostumbra a nuestros nombres,
nos tutea con la confianza otorgada
por la rutina de lo cotidiano hasta que,
descubierto su engaño, olvidamos su único mandato:
lo que atrás quedó, solo será digerido por la memoria
en un viaje sin billete de vuelta.

Ahora que el equipaje pesa tanto
año las horas en las que la vida
se exprimía sin demora, con el ímpetu juvenil
de quien desconoce las fronteras de un día,
los corchetes de cristal de un minuto sin aliento.

Ahora que la maleta la arrastran unas manos herrumbrosas,
extraño los ecos de aquellas voces sin medida
que alimentaban el motor del segundero
con la prisa violenta de quien nada tiene,
con el ansia asesina de quien todo anhela.

Hoy siento que romper aquel pacto oculto
es la única puerta por la que deben cruzar los sueños
cumplidos en parte, deshechos en trozos,
violando las universales leyes que antaño cantaron
el hipnótico verso que resume una vida cansada:
cualquier tiempo pasado fue mejor.

Cuando éramos reyes

Cada momento vivido,
cada maleta cerrada,
cada uno de mis amigos
me esperan en la antesala.

QUIQUE GONZÁLEZ

Aquella juventud primera
sin fronteras, sin futuro,
donde la vida era un aquí,
un ahora apenas sin tiempo.
Donde ayer era olvido
y mañana un lenguaje ignoto.
El coro de voces de esos días
marca aún la vida de mi memoria
de pupitres verdes tatuados,
de ventanas abiertas al calor,
de recreo, bocadillo y escapadas
de disfrazada rebeldía indómita.

En mi boca aún se guarda
la quemazón amarga del primer vodka
bajo epilépticas luces rosas
y ese beso torpe, asfixiado, mecánico,
con sabor a timidez
en la sucia mesa de billar apoyado.

Hoy, frente al espejo, me añoro
en aquellos días de rodillas encostradas
y de tiempo lento, descosiendo
los recuerdos que se caen a pares
—siempre enredados,
como las cerezas—,
en los que seguimos intactos, en barbecho,
con los fantasmas en retirada.

Hay noches como esta,
dibujada de amarillo,
con un silencio doloroso en la boca,
que me agarro de las solapas
y sacudo de un solo golpe
una vida abandonada a la nostalgia
hasta acumular en las esquinas
de este dormitorio sin eco
los escombros del derribo.

Correteando entre los recuerdos,
las manos que con todas las voces
llegadas de aquella juventud
levantaron los andamios
de este edificio medio vacío,
callosas, ajenas, ausentes, rendidas,
diría que muertas de no ser,

porque en ellas aún quema
el calor de la sangre vívida
que espera ser derramada
con el ímpetu de aquel viento.